AVENTURAS Y DESVENTURAS DEL *LIBRO DEL ANTICRISTO* DE MARTÍN MARTÍNEZ DE AMPIÉS [ZARAGOZA: PABLO HURUS, 1496]*

María Jesús Lacarra Ducay

> Llevas un nombre grande y muy bello —dijo—. ¿Sabes quién fue Adso de Montier-en-Der? —preguntó. Confieso que no lo sabía. Y el mismo Jorge respondió—: Fue el autor de un libro grande y tremendo, el *Libellus de Antichristo*, donde profetizó lo que habría de suceder…, pero no lo escucharon como merecía (Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, Primer día. Después de nona).

El nombre del joven novicio benedictino, Adso de Melk, despierta en el anciano bibliotecario de *El nombre de la rosa* el recuerdo del *Libellus de Antichristo*, escrito por el monje Adso (*ca*. 920-992), abad de Montier-en-der, y considerado como la primera biografía del Anticristo. Este tratado latino epistolar, que respondía a una petición de la reina Gerberga, esposa de Luis IV de Francia, alcanzó una gran popularidad y fue objeto de numerosas adaptaciones durante la Edad Media. Una de ellas fue el *Libro del Anticristo* de Martín Martínez de Ampiés, impreso por vez primera en la oficina tipográfica de Pablo Hurus en 1496, junto a otras obras de temática afín. La obra plantea innumerables problemas, derivados en parte del hecho de reunir cuatro textos distintos. Baste con recordar que el incunable zaragozano presenta dos colofones, aunque el libro sea solo uno desde un punto de vista bibliográfico, lo que ha posibilitado su fragmentación. Su andadura posterior, con dos impresos, un incunable burgalés (Fadrique de Basilea: 1497) y otro *sine notis*, pero identificado por Mercedes Fernández de Valladares (2005: n.º 264) como procedente del taller de Juan de Junta, 1535, tampoco está exenta de misterios, al igual que la desaparición del nombre del aragonés Martín Martínez de Ampiés, quien ya no vuelve a figurar como compilador y traductor. El texto está así mismo enriquecido con 64 grabados de tradición germánica, aunque no todas las

* Este artículo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación FFI2012-32259, concedido por el Ministerio de Economía y Competitividad. Se inscribe en el grupo investigador «Clarisel», que cuenta con la participación económica tanto del Departamento de Ciencia, Tecnología y Universidad del Gobierno de Aragón como del Fondo Social Europeo.

planchas proceden de allí y algunos tuvieron que ser tallados por artesanos locales.[1] Bibliógrafos, bibliotecarios y críticos han reiterado datos erróneos cuando ya habían sido aclarados, incrementando así ficticiamente la nómina de impresos del siglo XVI con ediciones fantasma y ejemplares con referencias inexistentes. A todo esto se ha sumado el desconcierto ocasionado por dos ediciones modernas, ambas incompletas. Mi propósito en este recorrido es tratar de desenredar un poco ese panorama, siendo consciente de que no es fácil tarea y de que quizá acabe contribuyendo involuntariamente a incrementar la confusión.[2] Este trabajo es el resultado de la preparación de una base de datos, COMEDIC (Catálogo de obras medievales impresas en castellano), dedicada al estudio de las «reescrituras y relecturas» que sufren las obras medievales en su paso por la imprenta.[3] El *Libro del Anticristo* de Martín Martínez de Ampiés, aunque con una trayectoria editorial reducida, puede servir de ejemplo de los numerosos problemas a los que nos enfrentamos y de los objetivos que pretendemos alcanzar.

EL *LIBRO DEL ANTICRISTO* DE MARTÍN MARTÍNEZ DE AMPIÉS Y EL MILENARISMO EN LA CORONA DE ARAGÓN

Desde los primitivos autores cristianos se fue forjando la creencia en la venida del Anticristo, un personaje terrorífico quien, tras reinar durante tres años y medio, propiciaría el fin de los tiempos. La leyenda, enriquecida a lo largo de la Edad Media, se plasmó no solo en textos morales y religiosos, sino también en todo tipo de obras literarias y en un rico material iconográfico. Esta preocupación se acentuaba en los periodos de crisis, cuando se alzaban las voces de profetas, herejes y visionarios anunciando su llegada. A finales del siglo XV se revitaliza en la Península esta idea del fin del universo y se suceden los opúsculos de contenido apocalíptico, que alcanzarán un auge extraordinario en tiempos de los Reyes Católicos. Es el momento de la aparición de predicciones mesiánicas, favorecidas en la Corona de Aragón por una larga tradición vinculada al franciscanismo espiritualista. Muy significativo a este respecto es el enigmático *Libro del milenio* de Juan de Unay, posiblemente de finales del siglo XV, que contó con difusión manuscrita e impresa. El relato se inicia con una visión en las llamadas cuevas de Hércules de Sevilla, en la que un nuevo Mesías le refiere al autor cómo en España se levantarán los moros y los judíos, pero serán echados gracias a la figura de un rey, el Encubierto, identificado con Fernando el Católico, quien logrará incluso conquistar Jerusalén. Tras restablecerse el orden de la cristiandad, aparecerá el Anticristo, a quien el rey no podrá vencer, pero será derrotado transcurridos cuarenta meses por los santos ángeles (Toro Pascua, 2003: 29-37; Guadalajara Medina, 1996: 405-425). En este contexto polí-

[1] Razones de espacio, sumado a que del tema me ocupé en Lacarra (2016), hacen que ahora prescinda de ese interesante aspecto del incunable. Realizo en este artículo un pormenorizado análisis de la trayectoria de la obra a partir de los impresos alemanes con precisiones bibliográficas que aquí no tienen cabida.

[2] El pionero panorama de Rohland de Langbehn (1992) contribuyó a la difusión de algunos errores, explicables por las dificultades de su autora para acceder a la información.

[3] De momento se pueden consultar 22 fichas en la página del grupo investigador: <http://grupoclarisel.unizar.es/>.

tico propagandístico de exaltación milenarista y profética hay que situar la publicación del *Libro del Anticristo* de Martín Martínez de Ampiés, compilación de varias obras de temática afín, algunas compuestas por este hidalgo aragonés y otras traducidas. Pese a que en él no se encuentren rasgos del historicismo apocalíptico y propagandístico que alentó el *Libro* de Unay, su aparición no puede desvincularse del momento y el espacio en el que surgió, como seguidamente veremos.

Martín Martínez de Ampiés fue un «fidalgo natural de la villa de Sos», al igual que «nuestro rey don Fernando, señor poderoso de las Hyspañas», como lo denomina en una de sus numerosas glosas al *Viaje de la Tierra Santa* de Bernardo de Breidenbach. Sirvió fielmente a su paisano y participó en la recuperación del Rosellón y la Cerdaña, pertenecientes a la Corona de Aragón y ocupados por los franceses desde el reinado de Juan II. Desde allí envío a Pablo Hurus «el prólogo en forma de epístola» que encabeza el *Libro del Anticristo*. Como humanista cuenta con una amplia producción, distribuida entre traducciones del latín y del catalán y escritos originales, en prosa y verso, tanto en castellano como en latín. Traduce del catalán el *Libro de albeitería* de Manuel Díez, el primer tratado veterinario impreso (1495), y del latín, la *Relación del viaje de la Tierra Santa* (1498), compuesta por Bernardo de Breidenbach. A su faceta creadora y compiladora cabe atribuirle los *Triunfos de María* (1495), en verso, dedicados a su confesor, el franciscano fray Gonzalo de Rebolleda, el *Tratado de Roma*, destinado a los peregrinos e incorporado al inicio de la obra de Breidenbach, y un poema latino, *Carmen elegiacum*, incluido en la edición de las obras de Sedulio, preparadas por el alcañizano Juan Sobrarias (1500), sin olvidar que añade preámbulos y diversas glosas en sus obras traducidas.[4] Pertenecería, junto a otros ciudadanos notables, como Gonzalo de Santa María o Andrés de Li, al círculo de intelectuales que trabajaron en Zaragoza para la imprenta de los hermanos Hurus, donde también vieron la luz todas sus obras. Como señala Leonardo Romero, en las imprentas españolas de la época:

> No existe un clima de colaboración entre autores y editor tan estrecho como el que patrocina Pablo Hurus durante la última década del XV en Zaragoza, clima que, salvando las distancias, podría parangonarse con las trascendentales tertulias humanísticas que viven en torno a las imprentas venecianas de Aldo Manuzio o, poco más tarde, de Gabriel Giolito (Romero Tobar, 1989: 565).

En la década de los noventa preparó Martínez de Ampiés este volumen misceláneo que recoge cuatro obras, cuyo tema unitario es el fin del mundo, en unos casos compuestas por el aragonés y en otros traducidas, algunas de las cuales llegaron a tener también difusión exenta. El conjunto, precedido por el «Prólogo en forma de epístola embiada desde la guerra de Perpiñán», está formado por: 1. *El Libro de Anticristo*; 2. *Las quince señales del Juicio Final* (o el *Libro del Juicio Final*); 3. El sermón *Ecce positus est hic in ruinam,* del pseudo

[4] Los datos biográficos de Latassa y Ortín (1796, II: 340-345) han sido retomados por todos los autores, aunque en algunos casos combina homónimos. En la colección documental de la villa de Sos, publicada por Juan Abella Samitier (2009), figuran, entre otros, un Martín de Ampiedes, notario, otro escudero, y un mosén Martín de Ampiedes, caballero y lugarteniente de Justicia, que podría corresponder al escritor.

Vicente Ferrer y 4. *La Carta del rabí Samuel*.[5] La primera pieza remonta al tratado latino *De ortu et tempore Antichristi* del monje Adso (*ca*. 920-992), también conocido como *Libellus de Antichristus*. Se estructura como una *vita*, desde la concepción del personaje hasta su muerte, siguiendo el modelo de los relatos hagiográficos, aunque también recuerda la trayectoria de Alejandro Magno. El Anticristo es judío, descendiente de la tribu de Dan. Nace en Babilonia, fruto de las relaciones incestuosas de su padre con su hija, y se cría junto a los magos de Corozaím, de quienes aprende sus artes para realizar falsos milagros, algunos tan espectaculares como conseguir que surja un caballero de una cáscara de huevo o resucitar a los muertos. Gracias a estos prodigios contará con numerosos seguidores, a quienes marcará en el rostro y en la mano derecha, y solo pocos cristianos, junto a los profetas Elías y Enoc, le harán frente. Tras ser adorado por Gog y Magog, la reina de las amazonas o los reyes de Libia, Etiopía y Egipto, seguirá los pasos del Mesías y reunirá a sus huestes en el monte de los Olivos para que asistan a su ascensión, aunque san Miguel lo derribará en el aire y finalizará en el infierno. A diferencia de los tratados teológicos, aquí el Anticristo cobra una dimensión humana, que hace uso del terror, pero también de la 'generosidad' con sus discípulos, a quienes retribuye con el dinero obtenido mediante sus habilidades alquímicas. El texto de Ampiés, pese a seguir el contenido del tratado de Adso, no es una mera traducción, aunque es difícil precisar sus modelos. Pudo combinar varias fuentes, sin olvidar que el tratado latino había conocido muchas correcciones y adiciones y alguna de estas versiones glosadas pudo llegar a mano del aragonés (Adso, 1976); de hecho, gran parte de sus citas proceden de autores muy anteriores, como Alejandro de Hales (1185-1245), Hugo Riplein (1210-1268) o Nicolás de Lira (1270-1349). Pese a lo anunciado en la «Introducción» —«fue ordenado en las mejores palabras que pude, y el estilo es todo llano, dexada cualquier forma de oración retorizada, por que los menores puedan percebir y aprovechar» (fol. 2r)—, el resultado no sería, ni mucho menos, accesible para todos los lectores, ya que está entreverado de continuas citas eruditas en latín.

El llamado *Libro del Juicio Final*, que sigue a continuación, se anuncia «compuesto por Martín Martínez de Ampés, moralizado para provecho de las almas» (fol. 35r). Tras unos capítulos introductorios, explica los quince signos —el mar bajará hasta el abismo, luego arderá con grandes llamas, los árboles sudarán sangre, los peces emergerán dando grandes gemidos, etc.—, que precederán a la resurrección de los muertos. El tema alcanzó gran difusión gracias a su inclusión en la *Leyenda Aurea* de Vorágine, y contó con numerosas recreaciones en romance, como los *Signos del Juicio Final* de Gonzalo de Berceo. En la Corona de Aragón se incorporó en escritos apocalípticos y en obras como la *Vita Christi* de Eiximenis, y tuvo también interesantes manifestaciones iconográficas, como lo refleja un cantoral conservado en el archivo episcopal de Huesca. Ampiés deja clara la conexión entre las dos obras en sendas introducciones. Al comienzo del *Libro del Anticristo* menciona ambas piezas —«las

[5] Gilbert (1999) solo edita el primer texto y el tercero dando así una impresión errónea del volumen, y la única edición moderna (Fagan, 2001) resulta de difícil acceso. Para una descripción catalográfica, véase Sánchez (1874) y la base de datos ISTC (ia00770000).

tribulaciones del Anticristo y del Judicio Final postrimero serán generales a todo el mundo, por ende mi habla en estos libros devió ser muy llana» (fol. 2r) —, mientras que, al iniciar los *Signos del Juicio*, alude a lo que «ya hablamos en el Anticristo» (fol. 35r). Los dos textos juntos constituyen, en sus palabras, «una obrezilla», unidos principalmente por dos causas: la tradición previa y la participación del propio Ampiés. En las «biografías» del Anticristo era frecuente añadir tras su condena este capítulo admonitorio del Juicio Final y de los signos que lo precederán; así se hacía en el *Antichrist* [Estrasburgo: s. i., ¿1482?], texto alemán de donde proceden gran parte de los grabados utilizados en el taller de Hurus. A esto se suma que de los cuatro textos que forman el volumen, estos dos son los únicos que Ampiés se atribuye como autor.

San Vicente Ferrer contribuyó a difundir el miedo a la llegada del Anticristo con sus sermones pronunciados durante su campaña en Castilla entre 1411 y 1412; sin embargo, el que aquí se incluye a continuación, construido en torno a una frase del Evangelio de san Lucas (2, 34), es un apócrifo, aunque se copia junto a los demás en todas las colecciones. Circulaba ya en latín en 1416 y en castellano desde mediados de siglo, aunque su difusión impresa arranca de este incunable. Como señala Isabel Toro Pascua (1997: 1502), el texto es una traducción del latín bastante literal, a la que se incorporan una «Declaración de Martín Martínez Dampiés en el traslado del sermón de sant Vicente», a modo de preámbulo, y una serie de interpolaciones en el cuerpo del sermón, debidas, casi con toda seguridad, a la mano del propio traductor. Al finalizar las tres piezas se incluye un colofón, donde se refuerza su unidad:

> Son acabados los libros del Anticristo, y judicio final, o postrimero, con el sermón del señor sant Vicente bienaventurado. Emprentados en Çaragoça, VIII días de octubre, año mil CCCCXCVI (fol. 67v).

Con este colofón podría ponerse fin a un libro unido por su temática y por la labor de Ampiés como autor y traductor, pero, tras una hoja en blanco a modo de transición, se añade la *Carta del rabí Samuel*. En ella Samuel, rabino de Fez, pero ahora converso, se dirige al rabino Isaac para exponerle sus dudas religiosas, que le han llevado a abrazar el cristianismo. La obra empieza con un «Prólogo del trasladador», que no firma Ampiés sino Alfonso Buenhombre, dominico español, quien se dirige a fray Hugo, maestro de la orden de predicadores. En él le indica que ha llegado a sus «manos un libro de cosas muy viejas y olvidadas y a mí nuevas, el cual ha sido por luengos tiempos escondido» y ha decidido en 1338 traducirlo «del morisco en que estava» al latín. La presentación del autor como traductor es un motivo bien conocido en la literatura caballeresca. Es posible que bajo estas palabras, que recuerdan al tópico del manuscrito encontrado, se encubra el texto de este dominico, buen conocedor del árabe y de otras obras apologéticas, como el *Diálogo contra los judíos* de Pedro Alfonso. La *Carta* fascinó a los cristianos, como lo atestigua su amplísima difusión a través de manuscritos e impresos, de los cuales tres vieron la luz en Zaragoza. Hacia 1480-1481 se imprimió en latín en el taller de los hermanos Hurus, junto a una *Epístola a Tiberio* atribuida a Pilatos (ISTC is00108500); en fechas cercanas a 1490 el mismo taller dio a conocer una versión

castellana de ambas obras (ISTC is00117200), a la que vino a sumarse en 1496 esta edición junto al *Libro del Anticristo*.

Tras la tabla, un nuevo colofón («Fue acabada la obra presente en la insigne cibdad de Çaragoça de Aragón, a quinze días del mes de octubre. El año de nuestra salvación. 1496»), acompañado esta vez de la marca tipográfica del taller de los hermanos Hurus, pone punto final al libro una semana después del precedente. La existencia de dos colofones, separados por un breve lapso de tiempo, es una práctica no muy frecuente, pero atestiguada en otros incunables, como la traducción de la *Consolación de la filosofía* de Boecio, datada en la imprenta sevillana de Meinardo Ungut y Estanislao Polono el 18 y 21 de febrero de 1497.

LA RECEPCIÓN DEL *LIBRO DEL ANTICRISTO* Y EL OLVIDO DE MARTÍN MARTÍNEZ DE AMPIÉS

Es difícil conocer con precisión el ámbito de difusión y lectura de un incunable, pero el número de ejemplares conservados o su trayectoria editorial nos dan unos claros indicios, sumados a otros datos a los que empieza a concederse cada vez mayor atención, como su registro en bibliotecas o en inventarios, así como las marcas de propiedad. Todos los bibliógrafos e incunabulistas que se ocuparon del impreso zaragozano, como Juan Manuel Sánchez (1874), lo describieron a partir del que se consideraba único ejemplar, custodiado en la Biblioteca de San Isidro de Madrid, perteneciente a la Universidad Complutense. Este testimonio, al que solo le faltaba el folio 34, desapareció con posterioridad a 1931, sin que se sepa con exactitud si fue durante la Guerra Civil o como consecuencia de un robo. El resultado es que «España perdió uno de sus incunables más importantes tanto por su contenido como por la belleza de su tipografía y los grabados de excepcional calidad que lo acompañaban» (Torres Santo Domingo, 2010*a*: 244).

Sin embargo, ya en 1850 el bibliófilo James Lenox había adquirido en una subasta en Londres otro ejemplar completo, que se incorporó a su colección, origen de la actual Biblioteca Pública de Nueva York. Esta subasta londinense incluía parte de los fondos del conde italiano Guglielmo Libri (1803-1869), predestinado *a natividate* al coleccionismo bibliográfico, cuya novelesca historia solo puedo esbozar. Fue un precoz matemático que obtuvo la cátedra de la Universidad de Pisa a los 20 años, pero, dadas sus pocas habilidades docentes, pronto se trasladó a París, donde adquirió la ciudadanía francesa. En este país cultivó su pasión por los libros y manuscritos y fue nombrado en 1841 secretario de la Comisión Nacional encargada de la catalogación de los fondos bibliográficos antiguos. Durante esos años consiguió formar una extraordinaria biblioteca, entre manuscritos e impresos, lo que le valió la amistad de un importante círculo de intelectuales. No se sabía entonces que, gracias a este puesto, accedía libremente a todas las bibliotecas de Francia, incluso por la noche, donde no solo robaba manuscritos y libros íntegros, sino también folios sueltos. Cuando surgieron algunas sospechas acerca de sus actividades al proceder a la subasta parcial de alguna de sus joyas, huyó a Inglaterra con su colección de más de 30 000 libros y manuscritos que fue

subastada a su muerte. Es muy posible que este incunable proceda de alguna biblioteca francesa de donde habría sido robado por este bibliocleptómano, pero no cuenta con ninguna marca de sus antiguos poseedores que permita confirmarlo.[6]

No se conoce ningún otro ejemplar completo, pero la configuración del volumen como suma de textos con dos colofones propició que se separara del resto la *Carta del rabí Samuel*, que ocupa los cuadernillos l-m[8], precedida por una hoja en blanco, y se conservara de modo exento. Uno de estos fragmentos se custodia actualmente en la British Library (signatura IB.52152), pero hay noticias de que otro formó parte de la biblioteca particular del abogado sevillano Ángel Camacho Baños, aunque desconozco su paradero actual. Pese a que este ejemplar fue rehecho, creándole una portada ficticia a partir del colofón, los datos e imágenes que proporciona Manuel Justiniano (1945) no dejan lugar a duda de que se trataba de nuevo de los dos últimos cuadernillos desgajados del impreso de Hurus, del que se conservaba también parcialmente la tabla. Más allá de estos testimonios, que se reducen hoy al ejemplar completo de Nueva York y al muy fragmentario de Londres, no se conoce ninguno más, pese a la insistencia de los estudiosos en incorporar a esta sucinta nómina un incunable de la Biblioteca de El Escorial. El error puede deberse a la conservación entre sus fondos de la *Carta del rabí Samuel*, impresa también por Hurus junto a la *Carta del pseudo Poncio Pilato* hacia 1490, a la que ya hice mención (ISTC is00108500); por lo tanto, como me ha corroborado amablemente su bibliotecario José Luis del Valle Merino, debe descartarse esta referencia.

La trayectoria editorial del libro se limita a dos impresos más, ambos de talleres burgaleses: un incunable (ISTC ia00770200) publicado por Fadrique de Basilea al año siguiente, 1497, y una edición de 1535 atribuida al taller de Juan de Junta en la misma ciudad, muy fiel a la anterior, y de la que solo nos ha llegado un testimonio, custodiado en Cambridge (F152.d.8.5). Del primero se conservan dos ejemplares, uno en la Biblioteca Nacional de París y otro en la Biblioteca Nacional de España (I-543).[7] La mayor accesibilidad de este último para los estudiosos hispanos, dado que está digitalizado en la Biblioteca Digital Hispánica y cuenta también con una edición facsímil parcial (Alba, 1982), ha propiciado las informaciones erróneas, puesto que se trata de un ejemplar incompleto al que, además de la portada, le faltan los cuadernillos D a G, que incluirían la *Carta del rabí Samuel*. La consulta del ejemplar parisino (Res. D.6.201) permite comprobar las semejanzas y las disimilitudes con el incunable de Pablo Hurus. En su recorrido por las prensas las obras varían sobre todo de aspecto, pero no es habitual que se altere sustancialmente su contenido. Con frecuencia estos cambios se concentran en el apartado iconográfico o en los paratextos, como sucede aquí. El impreso zaragozano venía precedido por un «Prólogo en forma de epístola» dirigido por Martín Martínez de Ampiés a Pablo Hurus que, como es lógico, se elimina en el taller

[6] He consultado una digitalización de este ejemplar, signatura *KB+ 1496 (Martínez), cuya descripción no está en el catálogo *on line*. Agradezco al bibliotecario Kyle R. Triplett las informaciones facilitadas.

[7] Según Martín Abad (2010), en un ejemplar de las *Obras* de San Buenaventura (I-1607) se han utilizado como hoja de guarda fragmentos de unos pliegos de este incunable burgalés.

burgalés, pero también se va borrando la huella del aragonés del resto del libro. Su nombre, incluido en el epígrafe inicial del *Libro del Juicio Final* y su preámbulo frente al sermón, desaparece, pero se conservan tanto la «Introducción» como estos preliminares, en los que se cambia el discurso de la primera a la tercera persona, como se observa en estos ejemplos:

> Fue ordenado en las mejores palabras que pude […] y los entendidos no me reprehendan, pues ya los aviso que dexo en la obra presente lo que ya en otras guardé como pude… por ende mi habla en estos libros devió ser muy llana (Introducción, Z1496, fol. 2r).
>
> Fue ordenado en las mejores palabras que se pudo… y los entendidos no lo reprehendan, pues ya los avisa que dexa en la obra presente lo que ya en otras guardó como pudo… por ende su habla en estos libros devió ser muy llana (Introducción, B1497, fol. a^{1}v).
>
> Comiença el libro del judicio postrimero compuesto por Martín Martínez de Ampés moralizado (Z1496, fol. 35r).
>
> Comiença el libro del judicio postrimero moralizado (B1497, fol. c^{8}r).
>
> Declaración de Martín Martínez Dampiés en el traslado del sermón de sant Vicente […] y a mi parecer hay en él tres cosas (Z1496, fol. 59r).
>
> Declaración del sermón de sant Vicente […] y según paresce hay en él tres cosas (B1497, fol. A^{1}).

Con frecuencia en el taller regentado por Fadrique de Basilea se seguían muy de cerca modelos impresos en otras oficinas, como la de los hermanos Hurus, y se sacaban copias de sus grabados, a veces invertidas, como ya han observado muchos estudiosos. Sin embargo, en esta ocasión la reescritura de los paratextos implica un grado de manipulación que hoy calificaríamos de plagio, para el que no encuentro parangón en la época. Recuerda, aunque en menor grado, a lo sucedido con la *Vida de los santos padres religiosos*, traducida por Gonzalo García de Santa María, e impresa por Juan Hurus hacia 1488. La supresión del «Prólogo de micer Gonçalo García de Santa María, trasladador del presente libro» en las posteriores ediciones hizo que se olvidara el nombre del jurisconsulto aragonés y que la traducción acabara equivocadamente atribuida a Ambrosio Montesino. En resumen, con estos dos impresos se cierra la corta trayectoria editorial del *Libro del Anticristo*, pese a que la nómina suele ampliarse erróneamente al incluir en la misma otros impresos de similar contenido, como un *Libro del Anticristo* en latín y castellano (Valencia: Juan Jofré, 1520), que, sin embargo, se relaciona textual e iconográficamente con la tradición francesa.

Más allá de estos datos no es mucho lo que sabemos de la difusión del *Libro del Anticristo*. La traducción de Ampiés del sermón *Ecce positus est hic in ruinam* del pseudo Vicente Ferrer se imprimió desde 1550 junto a los sermones vicentinos, como lo prueban los errores comunes (Toro Pascua, 1996), aunque el texto del apócrifo pudo transmitirse también gracias a las dos ediciones burgalesas. Quizá de nuevo se encuentre el incunable burgalés tras esta mención a «El ante Christo en romançe quatro reales e medio» (Albert y Fernández Vega, 2003: 62), que aparece en un inventario anónimo castellano. Alain Milhou (2007), en las páginas más sugerentes escritas sobre el libro, especuló con la posibilidad de que se tratara de una lectura de Cristóbal Colón, pese a que no consta en su biblioteca, de la cual se habría servido para el *Libro de las profecías* (ed. J. Fernández Valverde, 1992) escrito en 1502 con la

ayuda del monje de origen francés Gaspar Gorricia. Sin embargo, en este texto, pese a que se incluyen varios capítulos de la *Carta del rabí Samuel*, no se sigue la misma traducción.

En resumen, no sabemos con precisión cuándo se preparó la *princeps*, aunque contamos con dos referencias: la epístola a Pablo Hurus enviada desde la guerra de Perpiñán, que finalizó con el tratado de Tours-Barcelona (enero de 1493) entre Carlos VIII de Francia y Fernando e Isabel, y los colofones que remiten a octubre de 1496. La reunión de tres obras, dos escritas o más bien compiladas por Ampiés, el *Libro del Anticristo* y el *Libro del Juicio Final*, más una traducida, el sermón apócrifo de san Vicente, viene propiciada por la brevedad —recordemos que el libro cuenta con un total de 86 hojas—, y la afinidad temática. La adición, pocos días después de cerrar el volumen, de la *Carta del rabí Samuel*, en la que no se menciona la participación del aragonés, refuerza el antisemitismo del texto y su actualidad («ya la tierra no los çufre, y los va echando de reinos en reinos», fol. 8r). El conjunto encaja a la perfección con la tradición profética aragonesa. Son «tiempos turbados», que le hacen pensar a Ampiés «que havremos el Anticristo luego en el mundo» (fol. 5v), pero la figura del rey Fernando el Católico, su paisano y señor, capaz de expulsar a los judíos y derrotar a los musulmanes, alienta la esperanza en la salvación de la cristiandad. De lo expuesto se desprende que este precioso incunable zaragozano, resultado del esfuerzo conjunto de Pablo Hurus y Martín Martínez de Ampiés, ha quedado relegado, debido en parte a su compleja configuración, a la desgraciada desaparición de ejemplares y al afán del taller de Fadrique de Basilea por eliminar las marcas de su modelo, pero se merece más atención de la que hasta ahora ha recibido.

BIBLIOGRAFÍA

Abella Samitier, Juan (2009), *Selección de documentos de la villa aragonesa de Sos (1202-1533),* Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

Adso, abad de Montier-en-Der, *Adso Dervensis De ortu et tempore Antichristi: tractatus qui ab eo dependunt*, ed. D. Verhelst, Turnholt, Brepols, 1976.

Alba, Ramón (1982), *Del Anticristo*, Madrid, Editora Nacional.

Albert, Carmen, y María del Mar Fernández Vega (2003), *Un inventario anónimo en Castilla la Nueva: 1494-1506*, Madrid, CSIC.

Colón, Cristóbal, *Libro de las profecías*, ed. Juan Fernández Valverde, Madrid-Sevilla, Alianza Editorial-Sociedad Quinto Centenario, 1992.

Fagan, Patricia Claire (2001), *A critical edition of Martin Martinez Dampies's «Libro del Antichristo», Zaragoza, 1496*, Boston College, ProQuest Dissertations Publishing.

Fernández de Valladares, Mercedes (2005), *La imprenta en Burgos (1501-1600)*, Madrid, Arco Libros (Col. Tipobibliografía Española).

Gilbert, Françoise (1999), *Martín Martínez de Ampiés. Libro del Anticristo. Declaración… del sermón de San Vicente (1496*), Pamplona, Eunsa.

Guadalajara Medina, José (1996), *Las profecías del Anticristo en la Edad Media,* Madrid, Gredos.

ISTC. British Library*, Incunabula Short Title Catalogue*, 1980-,

<http://www.bl.uk/catalogues/istc/> [consultado el 1/06/2016].

Justiniano, Manuel (1945), «Un incunable desconocido», *Archivo hispalense: Revista histórico, literaria y artística*, 5.12, 111-115.

Lacarra, M.ª Jesús (2016), «El ciclo de imágenes del *Libro del Anticristo* [Zaragoza: Pablo Hurus, 1496]», *Revista de Poética Medieval,* 30, 179-198.

Latassa y Ortín, Felix de, *Bibliotheca antigua de los escritores aragoneses que florecieron desde la venida de Christo, hasta el año 1500*, Zaragoza, Medardo Heras, 1796, vol. II, 340-345.

Martín Abad, Julián (2010), *Catálogo bibliográfico de la colección de incunables de la Biblioteca Nacional de España*, Madrid, Biblioteca Nacional.

Milhou, Alain (2007), *Colomb et le messianisme hispanique*, Montpellier, Université Paul Valéry-Montpellier.

Rohland de Langbehn, Regula (1992), «El *Libro del Antichristo* en castellano», en R. E. Penna y M. A. Rosarusso (eds.), *Studia Hispánica Medievalia, II. Actas de las III Jornadas de Literatura Española Medieval*, Buenos Aires, Universidad Católica, 137-145.

Romero Tobar, Leonardo (1989), «Los libros poéticos impresos en los talleres de Juan y Pablo Hurus», *Aragón en la Edad Media*, 8, 561-574.

[Sánchez, Juan] (1874), *Bibliografía zaragozana del siglo XV por un bibliófilo aragonés*, Madrid, Imprenta alemana.

Toro Pascua, Isabel (1996), «Literatura popular impresa en el siglo XVI: los sermones impresos de San Vicente Ferrer», en Ignacio Arellano Ayuso *et al.*, coords., *Studia Aurea. Actas del III de la AISO (Toulouse, 1993),* Pamplona-Toulouse, Griso-Lemso, 521-530.

Toro Pascua, Isabel (1997), «Las versiones castellanas del sermón *Ecce positus est hic in ruinam*, atribuido a San Vicente Ferrer», en José Manuel Lucía Megías, ed., *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)*, Alcalá, Universidad de Alcalá, 1501-1511.

Toro Pascua, Isabel (2003), «Milenarismo y profecía en el siglo XV: la tradición del libro de Unay en la península ibérica», *Península. Revista de estudos ibéricos*, 0, 29-37.

Torres Santo Domingo, Marta (2009), «Sobre la desaparición del incunable *El Libro del* Anticristo (1496)», *Folio Complutense. Noticias de la Biblioteca Histórica de la UCM*, 23

de noviembre de 2009 <http://biblioteca.ucm.es/blogs/Foliocomplutense/955.php#.VmnQI2ThBuV> [consultado el 10/12/2015].

Torres Santo Domingo, Marta (2010*a*), «La destrucción del patrimonio bibliográfico de la Universidad de Madrid durante la guerra civil», en Arturo Coronado, ed., *Patrimonio, guerra civil y posguerra*, Madrid, Universidad Complutense, 229-246.

Torres Santo Domingo, Marta (2010*b*), «Algunas notas más sobre el incunable *El Libro del Anticristo* (Zaragoza, Pablo Hurus, 1496)», *Folio Complutense. Noticias de la Biblioteca Histórica de la UCM*, 8 de abril de 2010 <http://biblioteca.ucm.es/blogs/Foliocomplutense/1477.php#.VmnP72ThBuV> [consultado el 10/12/2015].